

La historia de nuestras vidas.

Rubén Cárdenas Muñoz

# LA HISTORIA DE NUESTRAS VIDAS



Rubén Cárdenas Muñoz

# Capítulo 1

## CAPÍTULO 331

Las 11:11 se vuelve a repetir, con más frecuencia de lo habitual. Esta vez me sorprende mirando el reloj de la estación de Maputo, Mozambique. Espero el vehículo que me llevará al barco. El calor se hace asfixiante en esta época del año. Las gotas de sudor se deslizan lentamente por mi espalda para evaporarse a la altura de la cintura.

Llevo en este continente exactamente 331 días. El mismo tiempo que llevo alejado de Ella y de nuestros sueños. ¿Cómo será su vida ahora? ¿Estará sonriendo en este instante?

Decidí no pensar y en consecuencia subirme a este tren de aventura y exploración, que ahora se mueve tan deprisa que solo en los momentos como este, en el que el reloj marca esta hora mágica se abre un pequeño agujero de gusano a los recuerdos.

En este mundo paralelo en el que vivo todo es analógico. Es una pena que haya perdido mis diarios con todos los detalles del trágico incidente. Ya tendremos tiempo para contar los detalles...espero.

Veo el océano a lo lejos, en un par de horas estaré en él. Si mi itinerario no me falla nos espera Durban-Puerto Elizabeth y el gran salto a la Antártida. En Durban realizaré la parada importante de abastecimiento, la compra de todo el material antártico y me reuniré con toda la tripulación. Es la primera vez que voy a ser el responsable directo de una expedición que para más desconcierto se compone de 11 miembros incluido yo.

Carlos Mirto, Segundo comandante, meteorólogo.  
Ander Salas, Encargado de la logística, mecánico.  
Mónica Prim, Responsable de los trabajos científicos.  
John James, Ingeniero mecánico, electricista.  
Lucía Bosh, Cirujana, cartógrafa.  
Alejandro Tous, Ayudante cirujano.  
Peter Murray, Astrofísico.  
Ashley Kingston, Bióloga, geóloga.  
Alejandra Beil, Alpinista, artista.  
Olmo Santamaría, Cocinero.

Todo el equipo vamos a tener que hacer de todo para poder llevar esta empresa a cabo. Nadie sabe excepto mi gran amigo Carlos que a dos días de finalizar nuestro cometido, deberé estar pilotando un hidroavión para volar hasta el Cabo de Hornos con la undécima parte del banco de

semillas.

Mi pluma se para como gesto consciente de mis recuerdos y la vuelve a traer aquí; ahora. Aprovecho para darle un sorbo a este tibio mejunje africano que alivia momentáneamente la sed, el calor y las ganas de abrazarla.

Hace unos instantes el sonido de salida del tren que me trajo hasta este rincón del planeta se despedía de mí, ahora lo escucho alejarse, con la certeza de que jamás lo volveré a ver. El silencio se llena. Observo a mi alrededor, no hay ni un alma por la calle. El momento es sepulcral. Tanto que una extraña paz me inunda por completo. Puedo oír el tic-tac del reloj. Otro sorbo al mejunje.

Mi silencio es interrumpido por la visión de un par de caballos que distingo a lo lejos de la avenida, poco a poco se van acercando hasta poder distinguir perfectamente a un hombrecillo mozambiqueño que va sentado en una especie de carro con ruedas de neumático de coche. No hay desconcierto, los dos nos andábamos buscando. Debajo de mi culo y a mis espaldas mucho equipaje. Demasiado. Estoy acostumbrado a ir con una mochila de mano, sea un viaje de una semana o de toda una vida. En estos instantes el hombrecillo y yo somos los únicos responsables de todo este material que será de vital importancia para nuestro objetivo y que la mitad se compone de las cosas personales de cada miembro. Todos me esperan en Durban. Hace un mes que no tengo noticias suyas.

Montamos todo en el carro y con una sonrisa nos dirigimos al puerto. Nos observamos de reojo. Volvemos a sonreír. Las calles están vacías. Se puede oír el calor del sol calentando el asfalto. Llegamos al diminuto puerto compuesto por una veintena de barcos. Tenemos suerte, la embarcación queda a escasos 2 metros del carro. El velero con 22 metros de eslora, llamado La Resistencia es insultantemente bello en comparación con todas las embarcaciones que lo rodean. El casco es de color desierto, todo es de madera. El mástil blanco, también de madera. Las velas recogidas blancas. Y lo que más me llama la atención es una maceta de barro con lo que parece un arbolito de Marula, un frutal africano. Me lleno de gozo, porque además tiene frutos. Me encanta. Después de acomodar todo el equipaje en La Resistencia, saco de mi mochila una pequeña maceta con un cactus que es el único ser vivo con el que comparto la ausencia de ella, me lleva acompañando todo mi viaje, ambos llevamos cicatrices en nuestra piel por ella. La coloco delicadamente, musitando una plegaria, al lado del Marula para que puedan conectar sus energías. Los dejo compartiendo.

Todo está listo. Me despido de Alu, el hombrecillo. Que noble. Me sonrío mientras me da las gracias por la misión en la que me embarco que de cierta manera le otorgara esperanza a su futuro, me coloca en el cuello un amuleto en forma de Sol. Gracias. Lo abrazo con fuerza y sumo a la

despedida la nostalgia de mi estancia en este continente, con la sensación de que no volveré a verlo jamás.

Arranco motor, realizo las comprobaciones necesarias, Alu se encarga de soltar los cabos mientras agita su brazo despidiéndose, siempre con una sonrisa. Es curioso como las relaciones humanas de exiguas horas son experimentadas como vidas enteras. Bendito maldito incidente. A ritmo pausado, como este primer día. Calor abrasador. Salgo del puerto. La Bahía me da la bienvenida, la brisa oceánica me invita a izar las velas y a ponerme rumbo a Durban. El viento engorda la vela como si de un puño divino se tratara, con una sutileza absoluta nos empuja a nuestro destino. Tardo una hora más o menos en familiarizarme con la nave. Sentado en el puente de mando. Fijo el timón de rueda. Todo ya está hecho. Ahora solo toca navegar. Aprovecho para escribir en mi diario.

## Capítulo 2

### CAPÍTULO 332

Segundo día en el mar. Con los ojos achinados espero la salida del astro rey, no tardará en desperezarse. Toco mi nuevo amuleto como invitándole a despertar. Hoy a medio día espero llegar a Durban. Preciosa sensación navegar a vela. El sonido del velamen hinchado es único. Respiro el momento. Los cuatro elementos se balancean conmigo. La tierra del cactus y del marula, el mar por todos lados, el viento que pone la melodía y el sol que empieza a asomar. Buenos días. Sonrío. No necesito más.

A toda vela. Tengo 15 nudos de viento que me ofrece 8 nudos de velocidad. Navego cerca de la costa, a una distancia de unas 5 millas. El compás no funciona y costear es la forma más fácil de guiarme en estos momentos. Desde el incidente el mundo se ha convertido en un lugar silencioso y solitario. Se siente la ausencia de las tres cuartas partes de la población. Muchas veces me pregunto si tomé la decisión adecuada. Otra vez la imagino sonreír.

Durban. Poco a poco puedo ir viendo con claridad los pequeños rascacielos de esta curiosa ciudad. Esta es mi tercera visita, las anteriores fueron por aire. Las ganas por ver a mi equipo me han hecho que me muerda una uña. Lentamente. Parsimoniosamente me voy acercando al puerto, debo encontrar el Museo marítimo y el centro artístico Bat, pegado al viejo embarcadero. Sin mapa y con las únicas indicaciones de: «al entrar al puerto sigue la costa por estribor», me dirijo hacia mi tripulación.

Madre mía. Que sensación. Ni un alma. Mi gesto cambia de incómodo a alegre cuando veo con los prismáticos un grupillo de personas agitando las manos y dando saltos. Los gritos de alegría rompen por completo la quietud de esta gigante ciudad.

Nos fundimos en abrazos, el nerviosismo y entusiasmo nos hace preguntarnos muchas veces cómo estás. Ya conocía a todo el equipo. Me siento pleno de que estas diez personas confíen en mí para liderar esta aventura. Es intenso saber que todo esto cambiará nuestro futuro y el de la humanidad. Tras una hora de ponernos al día y de organizar las tareas, dejo al equipo preparando a La Resistencia para la gran travesía y que se vayan familiarizando con lo que va a ser nuestro hogar durante más de tres meses.

Carlos y yo debemos compartir impresiones de las diferentes misiones que nos encomendamos la última vez que nos vimos. Me distraigo con un grito de júbilo de Mónica al reencontrarse con sus pertenencias.

Mi gran amigo me observa con preocupación antes de soltarme la mala noticia.

—Rubén, —me mira Carlos con cara de circunstancia—. «Hacía un mes que no escuchaba decir mi nombre.» —Carlos continúa—, solamente he podido conseguir dos garrafas de 20 litros de gasolina. — Ambos hablamos del hidroavión—. Lo que significa que veo complicado que consigas llegar; ahora mismo dependemos de lo que quede en el depósito de la aeronave, y recemos para que la hayan protegido del frío antártico.

—No puede ser Carlos. ¿Has mirado en todos los vehículos de la ciudad? «Me salta una breve sensación de descontrol.»

—Hemos mirado en las pocas decenas de coches que quedan, hemos estado dos semanas con esa única misión, hemos peinado todos los garajes y calles. El equipo no sabe para qué de tanta insistencia en conseguir combustible.

— ¿Qué les has dicho?

—La verdad, que lo necesitaremos.

Lo miro con complicidad. Incluso con añoranza. Son muchos años de aventuras juntos. La última que me viene a la cabeza fue hace ya casi tres años cuando estuvimos a punto de perder la vida coronando el Annapurna. Auténtica locura. Tocamos cima. Sobrevivimos. Vivimos.

—Bueno no pasa nada, nos apañaremos, me apañare. Venga Carlos, lo primordial ahora. ¿Cómo afrontaremos la travesía sin un instrumento que nos indique los puntos cardinales? Nuestros únicos elementos de orientación serán el Sol y las estrellas. Deberíamos hablar con Lucía y Peter para ampliar las ideas. Llevo varias semanas observando los astros. He descubierto una constelación que puede indicarnos el Sur. «Desde el incidente, el cielo ya nos es como antes. Muchas cosas han cambiado.»

Como si por telepatía hubiera sido, Lucía aparece para informarnos de los avances de los preparativos. Compartimos con ella nuestros descubrimientos sobre las constelaciones. Entre los tres llegamos a ciertas soluciones y Lucía nos explica que hay un gasoducto de nitrógeno en mal estado que une la ciudad de Durban con el Polo Sur, tiene fugas, rezuma gas a lo largo de todo el conducto, lo que lo convierte en una autopista burbujeante. Eso nos ayudará durante el día. Pero nos obliga a salir directos desde aquí. Debemos elegir entre ir a Puerto Elizabeth, que es uno de los puntos más al Sur de África por lo que tiene menos distancia de océano con la Antártida y además el último lugar donde podremos tomarnos una cerveza con más personas, o salir directamente desde aquí

lo que nos ahorraría una semana de viaje.

—Hablemos con el resto del equipo y decidamos entre todos. —digo mientras me levanto del suelo de un salto.

Meditamos. Los once sentados en el borde del embarcadero con las piernas colgando, como esa imagen de unos trabajadores con sus tarteras sobre una viga metálica en un rascacielos de Nueva York. Tras un largo rato de miradas perdidas al horizonte llegamos a la conclusión que saldremos desde aquí directos a la Antártida. Es lo más acertado.

Aprovechamos las instalaciones abandonadas del Museo Marítimo para pasar la que será nuestra última noche en tierra durante mucho tiempo. Olmo hace un fuego y nos cocina una carne que nadie sabe de qué es. Está exquisita. La fogata en mitad de la sala principal, a techo de cristal roto y al descubierto. Crea un espacio místico y fantasioso. A la luz del fuego las anécdotas e historias van fluyendo. Observo al equipo, están felices. Percibo sus corazones nobles, su pasión ante esta misión se hace palpable. Sonrío por todo esto que me rodea y sobre todo por Mónica y Alejandro. Hay complicidad entre ellos.

Me hacen recordar. Rememoro aquella vez que hicimos el amor en aquel vuelo entre Berlín y Reikiavik. Salimos del baño extasiados de amor, como si fuéramos los únicos humanos poseedores del elixir eterno en ese avión. Cómplices de nuestra propia locura, de nuestra propia película. ¿Cómo es posible que después de tanto tiempo mi cerebro sea capaz de materializar el sabor de tu piel en mis labios? Es increíble. Que sonrisa más bella, la tuya, cuando a mitad de un beso se te escapaba una sonrisa. No existía mejor línea curva que esa.

Perezosamente el fuego se va apagando como las conversaciones, nos vamos dando las buenas noches. Acoplados dentro de nuestros sacos alrededor de las ascuas. Alejandro echa un par de maderas a la hoguera antes de perderse sigilosamente en la oscuridad, donde Mónica, que hace un rato la perdí de vista, seguramente lo espera con las ganas de amor de esas primeras veces.

Buenas noches equipo. Os quiero, que bien volver a estar todos juntos. Digo en silencio mientras me acoplo en mi saco, como un perrillo que da tres vueltas sobre sí mismo antes de acomodarse. Cierro los ojos con la intención de traerte a mis sueños, poco a poco, me voy quedando dormido mientras nos imagino felices y tranquilos haciendo cualquier cosa, como observarte mirar por la ventana en un día de lluvia, acercarme por detrás, rodearte la cintura con mis brazos y besarte en el cuello. Cuanta divinidad esconden los momentos más simples.

## Capítulo 3